Honrar padre y madre

Medel

17

¡HONRAR PADRE Y MADRE!

MANDAMIENTO EN UN ACTO

EN VERSO Y ORIGINAL

DE LOS SEÑORES

D. ANGEL MEDEL y D. JOAQUIN PASCU[illegible]

2.ª EDICION.



BARCELONA.

LIBRERÍA DE JUAN Y ANTONIO BASTINOS, EDITORES.

Boqueria 47, S. Honorato 3, Ronda de San Antonio 95.

1883.

PERSONAJES.

DOÑA ADELA.
LA PORTERA.
D. ANSELMO.
D. LESMES.
RICARDO.
ANDRÉS.

La escena en nuestros dias.

Imp. de J. Jepús, Pasaje Fortuny (antigua Universidad).

ACTO ÚNICO.

Habitacion humilde, que representa una guardilla miserable.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ADELA y ENGRACIA.

ENGRACIA. Nada, señora, lo dicho;
y lo diria cualquiera:
Es darse muy malos ratos
eso de pasarse en vela
una noche y otra noche
para ganar tres pesetas
miserables.

ADELA. Pero, Engracia,
si no ayudo en cuanto pueda
á mi esposo, ¿cómo quiere
usted que mi Anselmo atienda
á mantener su familia?
Corre la ceca y la meca
para ganar veinte reales,
y eso cuando los encuentra,
pero áun así no le basta;

que á veces semana y media
se suele pasar en claro
sin hallar otra remesa.

ENGRACIA. ¡Si yo lo conozco todo!
Mas no extrañará me duela
verla tan atareada.
En fin, si algo se ocurriera,
abajo, en la portería,
saben que siempre me encuentran.

ADELA. Lo agradezco. Adios, Engracia.

ENGRACIA. Hasta luégo, Doña Adela.

ESCENA II.

ADELA sola.

¿Hasta cuándo, cielo santo,
ha de durar mi penar?
¿Cuándo querrá terminar
esta miseria y quebranto?
¿Cuándo, pues, brillará un dia
en que este llanto, Señor,
no marque acerbo dolor
sino dichas y alegría?

ESCENA III.

ADELA y D. LESMES.

LESMES. Usted en su mano lo tiene.

ADELA. ¡Don Lesmes!

LESMES. Que viste y calza.

ADELA. ¿Por dónde entró?

LESMES. Por la puerta.
Llegué y estaba entornada.
ADELA. Pues haga usted el favor
de salir.
LESMES. ¡Tenga usted calma!
que ya que he venido aquí,
crea que no tengo gana
de marcharme apenas llego.
ADELA. Si han de pintar sus palabras
un amor que me avergüenza,
porque soy mujer casada,
puede en aqueste momento
abandonar esta estancia.
Si no es así, usted dirá
lo que se le ofrezca.
LESMES. Gracias.
Mas sepa que mi venida
obedece á entrambas causas.
Yo vengo aquí á recordar
que el plazo cumple mañana
de abonarme los mil reales
que yo á su esposo prestara.
Y al mismo tiempo á decir
por última vez, que mi alma
se encuentra pendiente, Adela,
de las gracias de su cara.
Acceda usted á este amor,
huyamos de aquesta casa,
y la opulencia y la dicha
la circundará.
ADELA. ¡Ya basta!
Salga de mi casa al punto,
que la deshonra al pisarla.

ESCENA IV.

Dichos y ANDRÉS.

J. Y.

ANDRÉS. Y si no sale en seguida,
á fe de Andrés Santa Olaya
que le doy un puñetazo
y le deshago la cara.
LESMES. ¡Cómo se entiende, tontuelo!
ADELA. ¡Por Dios, Andrés; hijo, calla!
ANDRÉS. ¿Que me calle?... Pues no quiero,
que aunque el señor peine canas,
como te falte, mamá,
voy á armar aquí una danza,
en que interviene el alcalde
de barrio, y hasta los guardias.
LESMES. ¡Tiene gracia! (*Riéndose.*)
ANDRÉS. ¡Mucha... mucha!
De Judas tiene usted cara.
LESMES. ¡Niño!
ANDRÉS. ¡Qué!
ADELA. ¡Por Dios, Andrés!
LESMES. Luégo volveré á esta casa.
ANDRÉS. Cuando quiera. Mas le advierto,
que aunque mi estatura es baja,
mi corazon es muy grande,
y si á faltarnos llegara,
por defender á mis padres
armaré aquí una sanfrancia.
(*Vase Lesmes.*)
Lo dicho, si vuelve aquí (*A su madre.*)
lo tiro por la ventana.

ESCENA V.

ANDRÉS Y ADELA.

ADELA. Pero, hijo mio... ¿Qué haces?
ANDRES. Lo que cumpliré al momento
si volviese por aquí
ese pícaro usurero.
Cuando se acercó, mamá,
sus ojos echando fuego,
la sangre saltó en mis venas
produciéndome el tormento
de no poderle aplicar
un ejemplar escarmiento.
ADELA. ¡ Pobre Andrés ! ... ¡ Cuánto me quieres !
ANDRÉS. ¿ Dices, mamá, que te quiero ?
¿ y tú lo dudas acaso ?
ADELA. Nunca lo dudo, mi dueño,
y ojalá fuera tu hermano
como tú.
ANDRÉS. Tambien es bueno.
La culpa es de su carácter,
que siendo un poco violento
hace que oculte Ricardo
sus más nobles sentimientos.
Pero, mamá, tú estás mala:
¿ acaso ese tio viejo
te ha asustado ?
ADELA. No, hijo mio.
ANDRÉS. Es que de un salto, mamá,
le acogoto; aunque pequeño,
no permito que á mi madre
la falte ningun mostrenco.
¡ Vaya !... ¡ No faltaba más !

ADELA. (¡ Pobre hijo mio !... Lo quiero
con toda mi alma, y él
me corresponde.)

ANDRÉS. ¿No es cierto,
mamá, que aqueste cariño
que por tí siente mi pecho
nada le iguala, que nada
hay como el amor materno?

ADELA. El amor de tierno padre
nos alimenta en extremo.
Que él vela por nuestros dias,
cuidando desde pequeños
satisfacer nuestros gustos,
trocar el llanto en contento.

ESCENA VI.

Dichos y RICARDO.

RICARDO. Temprano empieza el sermon
en las monjas Carboneras.
¡Estais locos!... Siempre andais
al magin dándole vueltas
queriéndoos engañar
con mil fingidas ternezas.
Parecen impropio de un hombre
rebajar de esa manera
su dignidad; el desprecio
merecen sólo esas pruebas
de tontuna.

ADELA. ¡Qué escucho,
Santo Dios !... *(Llorando.)*

RICARDO. Sí, más pamemas;
mucho cariño y esplantes,
y en casa ni una peseta.

ANDRÉS. ¿A qué es ese afan, Ricardo,
de promover tal quimera?
No ves que mamá se aflige,
no ves que llora... ¡á ella
que te quiere, que te adora,
la haces sufrir !...

RICARDO. (*Conmovido y ocultándolo.*) (Si no fuera
porque de mí se reiria
ese estúpido habieca,
me arrojaria en sus brazos.
Pero no... ¡ sería mengua
me dejase dominar !)

ANDRÉS. ¡ Qué te detiene... qué piensas!
¿no te arrojas en sus brazos ?

RICARDO. (*Con tono brusco.*)
Ya te he dicho me avergüenza
que me vengas con pamplinas
de hipócritas; tú no piensas
que no es de hombre el hacer
tan ridículas bajezas.

ANDRÉS. ¡ Bajezas dices... Ricardo !

RICARDO. ¡ Sí señor... que no me cuela
que hagas esto sin motivo
tú.

ANDRÉS. (*A Ricardo.*) Tén la lengua,
que no tolero, ni á tí,
decir aquí una insolencia.

RICARDO. (*Alto.*) Ni yo tolero tampoco
el que aparte me reprendas.

ADELA. Pero, ¿ qué es eso, hijos mios ?

RICARDO. ¡ Que Andrés quiere que por fuerza!...

ANDRÉS. No es nada, mamá, que yo...

ADELA. ¡ Chito !. . que papá ahora llega,
y no es justo que os encuentre
regañando.

RICARDO. (*Con ironía.*) ¡ Bueno fuera !

ESCENA VII.

Dichos y D. ANSELMO.

ANSELMO. ¡Vengo rendido, qué dia
de trabajo!
ANDRÉS. Dame un beso,
papá.
ANSELMO. ¡Hijo del alma!
RICARDO. (*Aparte.*) (¡Zalamerías sin cuento!)
ANSELMO. Y tú, Ricardo, ¿no quieres
besarme?
RICARDO. Sí, al momento;
por más que sabes, papá,
que yo no soy muy afecto
á tales majaderías.
ANSELMO. Pues entonces no comprendo
cómo te acercas; no es justo
que tan grave caballero...
RICARDO. (¡Con sermones!.. ¡vaya en gracia!)
ANSELMO. ¿Qué es lo estás ahí gruñendo,
sin respetar de tu padre
la presencia?
RICARDO. ¿Yo?
ANSELMO. ¡Silencio!
el que á su padre replica,
como tú lo haces, no es bueno,
ni nunca será feliz,
ni bien mirado.
RICARDO. Es muy cierto;
porque yo no hago tontunas,
porque no soy zalamero
como Andrés.. yo soy el malo.

incorregible... el perverso...
es natural, siempre digo
con franqueza lo que siento.
Bien que decir la verdad
es un mal en estos tiempos.

ANSELMO. No tal, la verdad se debe
decir en todo momento.
Lo que no se debe nunca
es, con tan poco criterio,
blasonar de ser un hombre
siendo tan sólo un muñeco,
y á su padre y á su madre
faltarles así al respeto.

RICARDO. Pero yo...

ANDRÉS. Cállate, hermano.

ESCENA VIII.

Dichos y D. LESMES.

LESMES. Muy buenos dias.

ANSELMO. Don Lesmes,
téngalos usted muy buenos;
le dije que á fin de mes.. .
Dejadnos.

(*Salen todos: Andrés y Doña Adela por el foro, Ricardo por la derecha.*)

ESCENA IX.

D. LESMES y D. ANSELMO

LESMES. Vamos sin cuentos
á liquidar mi negocio.

No me ande usted con rodeos...
Cuando le hice á usted el favor,
bien me llamaba usted bueno,
y ahora... yo soy un pillo,
un despiadado usurero.

ANSELMO. No, señor; yo nunca he dicho
nada de usted.

LESMES. Es cierto,
delante de mí... en visita
todos somos un portento.

ANSELMO. Yo siempre me cuento el mismo.

LESMES. Nuestro asunto terminemos.
¿Cuándo me va usté á pagar?

ANSELMO. Lo que es en este momento
no se lo puedo decir.
Mañana...

LESMES. Nuevos pretextos.
Pues sepa usted, amigo mio,
que yo no tengo el dinero
para darlo de manera
que nunca recoja el premio.
¡Buenos sudores me cuesta
á mí el pagar lo que debo!
Yo cuento con lo que cobro.
Mas si esto no viene á tiempo,
como pasa casi siempre,
me veo yo en descubierto.

ANSELMO. ¿Y va usté á salir de apuros
tan sólo con mi dinero?

LESMES. Diez de usté, veinte de otro,
y del de más allá ciento,
forman un cirio Pascual
que no me alumbra y lo siento.
Si ustedes la economía
practicaran sin recelo,
se excusarian ustedes
de molestarme, y es cierto.

El dinero, amigo mio,
se ha hecho muy plano y muy neto
para apilarlo no más.

ANSELMO. No, que el dinero se ha hecho
redondo para que ruede.

LESMES. Eso es un axioma viejo
que siempre dicen las gentes,
que venga ó no venga á pelo.

ANSELMO. Don Lesmes, basta de apóstrofes.
Ya estoy harto, vive el cielo,
de escuchar necias palabras
y de oir huecos consejos.
Lo que hoy dia necesito,
lo que en esta ocasion quiero,
es no oir necias palabras
que me dan rudo tormento.
Lo que necesito es
que abandone este aposento,
y dentro de quince dias
vuelva, que tendrá el dinero.

LESMES. Aquese plazo es muy largo;
no espero yo hasta ese tiempo.
O usted mañana me paga,
ó le llevo al Saladero.

ANSELMO. ¡No apure más mi paciencia!
¡Salga! No verle deseo.

LESMES. Pues no faltaria más
sino que un hombre sin crédito,
un vago, en una palabra,
se riera de un sugeto
de bien.

ANSELMO. ¡Esto es por demas!

(Enarbola una silla para tirársela. Salen Adela, Ricardo y Andrés. La primera detiene á D. Anselmo. Ricardo pasa al lado de D. Lesmes. Andrés en medio.)

ADELA. ¡Anselmo!

ANDRÉS. ¡Padre!
RICARDO. ¿Qué es esto?

ESCENA X.

Dichos, ADELA, ANDRÉS y RICARDO.

ANSELMO. Querer castigar de un hombre
el cinismo y la insolencia.
LESMES. Poco á poco: yo...
ANDRÉS. Silencio,
ó le deshago esa jeta.
Usté se ha propuesto hoy
apurarme la paciencia.
ANSELMO. ¡Andrés, calla!
ANDRÉS. Dispensadme,
No puedo tener mi lengua.
RICARDO. Pues haz el favor, Andrés,
de detenerla á la fuerza;
don Lesmes es un sugeto
que no creo que merezca
los dicterios que papá
le decia.
LESMES. ¡Bien!
ADELA. ¡Ricardo!
ANSELMO. ¿Pero escuchas esto, Adela?
¡Mi hijo reprueba mis actos!
LESMES. Y hace bien si los reprueba;
cualquiera que tenga el juicio
sano opina como él piensa.
ANDRÉS. Todo aquel que sea un vil,
todo el que honrado no sea,
le dará usted la razon.
Mas falta que usted la tenga.

ESCENA XI.

7.ª

Dichos y la PORTERA.

PORTERA. ¿Dan ustedes su permiso?
Quiero decir, ¿hay licencia?
ANSELMO. Pase usted.
PORTERA. Traigo esta carta.
ADELA. ¿Ya vino el correo?
ANSELMO. Venga.
Con el permiso de usted.
LESMES. Pero es que yo tengo priesa.
ANDRÉS. Pues se espera usted, ó toma
ahora mismo la escalera.
ANSELMO. (*Leyendo*) Sr. D. Anselmo Gonzalez: Obrando en mi poder la copia del testamento de su difunto primo D. Salvador, y habiendo á Vd. dejado en él como único heredero de su fortuna, tengo el gusto de remitirle una letra de 120.000 reales, caudal que poseia en metálico su señor primo. Reconózcame Vd. por su servidor, y mande como guste á quien

B. S. M.,

Adolfo Perez.

ANSELMO. ¡Cielos! ¡Pobre Salvador!
PORTERA. Yo les doy mi enhorabuena.
ADELA. Gracias, se la agradecemos
LESMES. Y yo lo mismo. Reciba
el pésame. Si la letra
quiere usted hacerla efectiva,
ahora mismo la pudiera

descontar al uno y medio.
ANSELMO. Gracias; pero no parezca
más por mi casa. Yo iré
por la suya.
LESMES. No hay gran priesa.
Cuando usted quiera me paga.
Y si á usted se le ocurriera
más dinero, pida usted.
ANDRÉS. ¡Qué tio!
LESMES. Sí, con franqueza.
(No sabe V. lo que siento *(Bajo á Adela.)*
el perder su amor, Adela.)
ADELA. Salga usted.
[illegible]. O los escalones
los baja usted de cabeza
(Vase D. Lesmes.)

ESCENA XII

Dichos, menos D LESMES.

ANSELMO. ¿De qué te hablaba al oido?
ANDRÉS. Eran, padre, ciertas cuentas
que no debe usted hacer caso.
ANSELMO. Pero bueno, dí qué era.
ANDRÉS. Que hacia el oso á mamá.
ANSELMO. ¡Qué dices! ¿Pero es de veras?
ADELA. Sí, Anselmo. Mas no hagas caso.
No te faltará tu Adela;
nunca al padre de mis hijos
mi amor faltarle pudiera.
ANDRÉS. Vaya, daros un abrazo,
y á mí otro por la herencia.
ANSELMO. Tómalo.

PETRA. ¡Qué buena alhaja!
RICARDO. Padres, aquí con vergüenza
me acerco. ¿Me perdonais?
ANSELMO. Hacerlo nunca debiera,
que el que á sus padres no honra,
feliz no será en la tierra.
RICARDO. Me servirá de leccion.
ADELA. Eso tu madre desea.
ANDRÉS. Sí, hermano, olvida el arrullo
de vanidad necia y loca
que hace broten de tu boca
palabras de loco orgullo.
Dios, Divina Majestad,
en su momento postrero,
clavado al Santo madero
nos predicó la humildad.
De ella marchemos en pos
con gratitud y cariño.
¿Cómo, si tú eres un niño,
quieres ser más que ese Dios?
Que te cuadre ó no te cuadre,
no olvide tu pensamiento
aquel santo mandamiento:
¡El cuarto honrar padre y madre!

FIN.



